



LA
CASA
COMÚN

SOBRE EL FRENTE AMPLIO Y SU FUTURO

Fernando Atria

octubre 2023



A principio del mes de octubre se anunció la apertura del proceso de discusión sobre la unificación del Frente Amplio. El futuro político del Frente Amplio depende del resultado de esta discusión. Este texto pretende contribuir a ella ofreciendo una interpretación de lo que está en juego y lo que la unificación del Frente Amplio debe implicar.

El Frente Amplio está hoy en el gobierno encabezado por Gabriel Boric. Es importante detenerse en lo que significa esto. Significa que el Frente Amplio logró interpretar malestares y anhelos sociales, históricos y contingentes, y darles una orientación positiva. Las posibilidades que gracias a eso se han abierto exceden este período presidencial, conectándose con la tradición democrática chilena interrumpida en 1973. Hemos logrado esto con tensiones pero con herramientas democráticas. Esto es lo que el Frente Amplio y el presidente Boric representa; esto es lo que está hoy en juego.

El gobierno hoy se encuentra en circunstancias difíciles. Sin mayoría en el Congreso, afectado por las consecuencias políticas de dos resultados electorales adversos, el de septiembre de 2022 y el de mayo de 2023, y golpeado por un escándalo sobre un caso de, al menos, notorio tráfico de influencia, parece haber perdido la iniciativa y se observa con preocupación su futuro.

Lo que está en juego no es solo el éxito de este gobierno (lo que ya es importante), sino también el futuro de la izquierda más allá del mismo. Consciente de esto, el gobierno enfrenta una oposición que, como lo hizo con la Convención Constitucional, no busca solo derrotarlo, sino desacreditar radicalmente las ideas que representa, para excluir toda posibilidad de transformación real del horizonte político.



En las condiciones actuales el Frente Amplio parece haber perdido la iniciativa política y muchos de sus integrantes están desmoralizados o desconcertados. Como toda crisis, esta es una oportunidad para que el Frente Amplio enfrente la discusión que ahora se abre sobre su unificación asumiendo sus falencias para superarlas.

EL FRENTE AMPLIO, SUS ÉXITOS Y FALENCIAS

Es innegable que la irrupción política del Frente Amplio contribuyó decisivamente a abrir posibilidades de transformación cuando ellas estaban cerradas. Con entusiasmo, creatividad y dispuesto a disputar los espacios institucionales de poder, dio forma a una demanda transformadora que había surgido de la sociedad y que impugnó el consenso al que la política institucional parecía haber llegado hacia fines de la primera década de este siglo, un consenso en parte forzado por los cerrojos de la Constitución de 1980. Una demostración de la ruptura de este consenso, es que quien no tenga más información que lo que aparece hoy en la discusión política, no entendería que la derecha fue oposición durante las dos décadas de la Concertación.

Por cierto, abrir posibilidades de transformación no es lo mismo que realizarlas. Hay muchos interesados en clausurarlas, y por eso es tan importante el destino de este gobierno y que el Frente Amplio tenga la capacidad necesaria para unificarse de un modo que le permita superar el momento crítico en que hoy está.

Es también claro que la irrupción del Frente Amplio dejó más heridos de lo que era necesario. Respecto de la Concertación, la demanda de transformación que encarnaba políticamente el Frente Amplio siempre pudo entenderse ya sea como la necesidad de pasar a una etapa siguiente o como una denuncia de la



“traición” de sus partidos, especialmente el Socialista, a su tradición de izquierda. En ocasiones, esta segunda manera de entenderla fue dominante, por buenas y malas razones: en parte por la naturaleza adversarial de la política, en parte porque reflejaba posiciones de algunos de sus miembros, en parte por inexperiencia, en parte por distorsión políticamente intencionada de sus adversarios (sumisión discursiva). Esto llevó, en muchos casos, a recriminaciones mutuas que implican que hoy entre el Frente Amplio y el Partido Socialista hay cuentas pendientes y fundados resquemores.

Pese a lo anterior, es evidente que en la hora actual la conformación de un bloque transformador exige la condonación recíproca de todas esas deudas. Por eso mismo, quienes se oponen a esas transformaciones entienden que una manera especialmente eficaz de bloquearlas es impedir esa condonación recíproca. Adicionalmente, se han apresurado a declarar la crisis actual como “terminal”, como un “tiro de gracia”, un “misil bajo la línea de flotación”. Pero la verdad es que el Frente Amplio tiene recursos para enfrentar esta crisis: por una parte, la determinación mostrada en su surgimiento y en su éxito al llegar al poder en menos de una década; por otra, en contraste con las habituales caricaturas, su presencia territorial a lo largo de Chile. Esa militancia comprometida y organizada es un recurso fundamental para lo que viene.

Esos recursos deben ser usados para identificar y superar las falencias del Frente Amplio que limitan considerablemente su capacidad de acción política. Esta es la razón que hace imperativo, a mi juicio, la unificación del Frente Amplio. La discusión sobre ese proceso es una oportunidad preciosa para discutir y asumir de manera explícita un proyecto político que, hasta ahora, se ha asumido como implícitamente compartido por sus miembros. Adicionalmente, obliga al Frente Amplio a desarrollar su capacidad para tomar decisiones y actuar colectivamente a través de órganos y procedimientos formalizados.

Estas falencias no son gratuitas, son en parte consecuencia de lo que puede



llamarse la cultura frenteamplista. Esa cultura, en muchos sentidos destacable, tiene aspectos que conspiran contra la construcción de un movimiento político. Identificarlos y corregirlas es hoy también algo necesario.

La insólita sumisión discursiva

Antes de eso, es importante tomar consciencia de una de las características más insólitas de la discusión política chilena. Se trata de la persistente disposición de la izquierda y la centroizquierda a asumir la descripción o el sentido que la derecha atribuye a sus propias acciones o ideas. Esto pasa en aspectos puntuales y en aspectos más abarcadores. Cuando, en algún momento del desarrollo del caso Convenios, el Presidente Boric afirmó que, con los antecedentes disponibles a la fecha, no se justificaba pedir la renuncia a ciertas autoridades, *La Tercera* describió esta intervención presidencial diciendo “Boric sale a blindar a autoridades criticadas por convenios”, y desde entonces en adelante esa descripción del sentido de la declaración presidencial fue asumida por quienes la criticaban y quienes la defendían. El sentido de la acción presidencial, un sentido que fue asumido por los partidarios del gobierno, fue decidido por *La Tercera*.

Esto ocurre no solo al nivel de los acontecimientos políticos del día a día. Desde sus inicios, la derecha decidió que la manera de atacar la Convención Constitucional era mostrar su falta de seriedad, y se dedicó a crear en los ojos del público una imagen de ella como un “circo”. Esa acción fue tan eficaz, que incluso quienes la defendían lo hacían sin impugnar esa descripción, sino a pesar de ella. Y en general, después del resultado del 4 de septiembre el Frente Amplio asumió la descripción del proceso constituyente que construyó la derecha a través de sus medios, sin impugnarlo.

Respecto del Frente Amplio en general, consciente de la necesidad de evitar la unidad de todas las fuerzas de izquierda, la derecha decidió interpretar su irrup-



ción como una desacreditación radical y completa de todo lo hecho desde 1990, y logró instalar la idea de que el sentido del Frente Amplio era “humillar” a los partidos de la Concertación que, supuestamente, se “arrodillaban” frente a “la juventud” en un caso vergonzante de “efebofilia”. Parte importante de quienes habían participado de la Concertación – e incluso, del propio Frente Amplio! – hicieron suya esta descripción, algunos compartiéndola, pero muchos conce- diéndola como un “error” inicial. Para regocijo de la derecha, esto hizo la relación entre el Frente Amplio y los partidos de la antigua Concertación mucho más difícil de lo que podría haber sido.

Los ejemplos de sometimiento discursivo abundan y se extienden a reinterpretaciones de la historia reciente y más. Así, los sucesos de octubre de 2019 no serían manifestación de una exasperación popular con un sistema político que niega sus intereses y es incapaz de protegerlos del abuso, sino constituirían una mera ola de criminalidad desatada; una violencia que habría sido “justificada” por el Frente Amplio. No estoy diciendo, por cierto que todo esto sea *aceptado como correcto* por el Frente Amplio, pero sí que al enfrentar estas interpretaciones es común aceptar la manera en que la cuestión queda formulada, de modo que los términos de la discusión política son fijados por nuestros adversarios.

Aceptar que en lo anterior hay sumisión discursiva no es negar los hechos sobre los cuales la derecha construye sus interpretaciones. Toda atribución de sentido político, para ser mínimamente plausible, necesita fundarse en algo verdadero. Pero el sentido no se encuentra en la descripción de uno o más hechos, sino en la manera en que todos ellos se presentan expresando algo que va más allá de cada uno de ellos. Es en esta dimensión en que aparece la sumisión discursiva. Si, es verdad que durante la Convención hubo convencionales que se mostraron en el edificio del Congreso con los disfraces de animé que los habían hecho símbolos del estallido, o que guitarrearon discursos, o que lanzaron insultos en pruebas de audio. Pero no se vieron bailes de Naruto, ni convencionales auto-atribuyéndose estrellas de sheriff, ni pugilatos, ni persecuciones homofó-



bicas, ni negacionistas respaldando dictaduras. Y sin embargo, la derecha instaló que la Convención era un “circo” y el Congreso la “seriedad”. Esto implicaba ignorar el modo en que evolucionó, en respuesta a la crítica y discusión pública, la composición del Consejo de la Justicia, o la estructura del ministerio público, o las facultades de la cámara de las regiones. Solo lo que ratificaba la idea de un “circo” constituyente era comentado y discutido. La discusión, incluso por personas con simpatía por la nueva Constitución y con experiencia política, ignoró el hecho de que, en las condiciones de la Convención constitucional, ella fue capaz de construir posiciones comunes entre personas y grupos que nunca antes habían dialogado en contextos institucionales de poder.

Del mismo modo, es verdad que la interpelación política a la Concertación que representaba el Frente Amplio apuntó, a menudo, a las concesiones hechas a la derecha durante dos décadas. Pero también hubo matices, disposición a trabajar en conjunto, “colaboración crítica”, diálogo entre generaciones. Y, nuevamente, figuras de la Concertación que podrían haber aportado experiencia y dado otro giro a la pretendida disputa generacional, quedaron atrapados en la ofensa mientras la derecha “tomaba palco”.

Lo mismo puede decirse del estallido. En octubre de 2019 hubo violencia en la calle. Pero el Frente Amplio no puede aceptar que se trató solo de un conjunto de acciones ilícitas, no puede dejarse confundir por el cliché obturador de “se debe condenar la violencia”, liberando de responsabilidad a quienes se opusieron hasta ese momento a un cambio constitucional y que por eso son los responsables políticos de esa violencia.

No es extraño que el adversario busque describir nuestras acciones del peor modo. No se necesita defender una visión “agonal” de la política para entender que esta se articula en términos de diversas partes que están en conflicto, porque defienden intereses o ideas incompatibles. Lo que es insólito es que la descripción que hace el adversario sea asumida como propia por aquellos en



contra de quienes se hace esa descripción. Esto es sumisión discursiva: una forma de rendirse al poder fáctico (en este caso, comunicacional) del adversario. Y rendirse al adversario no es, usualmente, una estrategia adecuada para tener éxito.

Todo lo anterior es especialmente relevante hoy, cuando personas vinculadas a Revolución Democrática, uno de los pilares del Frente Amplio y del gobierno actual, aparecen envueltos en casos cuya real dimensión es todavía desconocida. Esto ha llevado a algunos a anunciar que Revolución Democrática (y por extensión, el Frente Amplio) estaría “herido de muerte”, porque todo su capital estaría en su autodefinición como “moralmente superior” a las generaciones que les antecedieron.

La idea de que el sentido fundamental del Frente Amplio estaría en su “superioridad moral”, explicada por razones generacionales es un intento especialmente notorio de los adversarios del Frente Amplio de determinar su sentido político. Esta es una lectura radicalmente despolitizada del surgimiento y éxito del Frente Amplio: lo que lo definiría no es una impugnación política a ciertos consensos que caracterizaron los veinte años durante los cuales la Concertación fue gobierno, sino la afirmación de que “nosotros” somos virtuosos y “ellos” corruptos. Nuevamente, esta descripción del sentido político del Frente Amplio es aceptada incluso por varios liderazgos frenteamplistas que hoy se defienden diciendo que fue un grave error asumir una posición de superioridad moral, que ya aprendieron, que no volverán a hacerlo.

Por cierto, como en los casos anteriores, hubo ciertas afirmaciones de superioridad moral sobre las cuales se construyó esa lectura del Frente Amplio. Pero es absurdo que el Frente Amplio acepte que esa es en algún sentido una interpretación correcta del fundamento político de su irrupción, es absurdo asumir el lugar común del adversario (“se creen moralmente superiores”) como definición propia, aunque sea para pedir disculpas por ello. Porque el sentido del Frente



Amplio no está, nunca estuvo, en una peculiaridad moral de sus miembros, porque el Frente Amplio nunca se presentó como un movimiento moral al estilo de la ultraderecha. Lo que define al Frente Amplio es una visión política, no moral.

La derecha buscó sistemáticamente tergiversar los términos para impedir la discusión pública. Para eso alegaron con lo que tuvieron a mano: que lo que se había construido durante los veinte años de la Concertación era “socialdemocracia”, cuando lo que siempre ha definido a la socialdemocracia es la idea de derechos sociales universales; o que toda crítica a ese modelo era por su carácter “chavista” y “estatista”; que la idea de derechos sociales implicaba la estatización de toda la salud, la educación, etc. Hoy la cuestión es más radical y se sostiene que el Frente Amplio no tiene una visión política, sino que es la mera afirmación juvenil de “superioridad moral”.

El proyecto político

El Frente Amplio tiene su origen en la irrupción del movimiento estudiantil de 2011 que demandaba una educación pública, gratuita y de calidad. Rápidamente, esa demanda se formuló en un sentido más abarcador, en cuanto a que la educación no era una mercancía (un “bien de consumo”, en las palabras del presidente Piñera), sino un derecho social. Un derecho social no en el sentido de una prestación que puede ser requerida en un tribunal por cualquiera, sino en el sentido de que era una esfera social que debía organizarse conforme a un principio de igualdad ciudadana, no de mercado. Esta demanda vinculada originalmente la educación se fue generalizando, empujada no por la reflexión teórica sino por movimientos sociales. El caso más claro es el de la seguridad social. Era una idea que lograba articular políticamente el descontento de la sociedad con el modelo neoliberal manifestado progresivamente durante la segunda década del siglo.



Quizás precisamente porque surgió de esos conflictos y movimientos, el Frente Amplio asumió que su proyecto político podía quedar implícito, fijado por la experiencia común surgida de la movilización. Esto puede haber sido suficiente mientras era una organización del movimiento estudiantil, pero resulta deficitario al consolidarse como movimiento político de carácter nacional. Este problema está en la raíz de la crisis que hoy atraviesa. Porque una organización política que no se define por su proyecto político es susceptible de ser usada para otros fines. Tal vez esta sea parte de la explicación del caso que hoy se investiga sobre una fundación vinculada al Frente Amplio.

La formulación explícita de ese proyecto político habrá de construirse sobre la base implicada en el origen del Frente Amplio, pero requiere dar cuenta de otras demandas que surgieron en esa misma década: la ambientalista, motivada por la creciente conciencia de la crisis ambiental; la feminista, que protesta contra el patriarcado y sus incontables manifestaciones, algunas menos obvias que otras; la de los pueblos originarios, que exigen reconocimiento de su existencia colectiva. Integrar estas visiones en un proyecto común es una tarea política y conceptual muy distinta que una mera sumatoria en una suerte de pliego de demandas. Hoy está de moda rotular (y descalificar) diversas reivindicaciones como “identitarias”, como reclamos particulares que no pueden articularse en una visión universalista. Se plantea una oposición entre lo “identitario” y lo universal; pero esa es una falsa dicotomía, porque las demandas vinculadas a discriminaciones, injusticias o despojos pasados y presentes son imperativos que todos reconocemos, y superarlos es un interés de todos, universal. Pero eso requiere un esfuerzo de articulación y discusión orientado a integrar esas demandas en una visión política erigida sobre el hecho evidente de que todas van en la misma dirección: la de que Chile necesita una nueva forma de convivencia, construida sobre la idea de que la organización de la vida común debe asegurar la integración de todos, no de unos más que otros o de unos sobre otros; que los beneficios de la vida en común son para todos, no para algunos. Esta idea es la que animaba a la propuesta de la Convención Constitucional y por eso, sin negar sus



insuficiencias, el Frente Amplio la apoyó decididamente. Afirmar hoy que fue un “error” del Frente Amplio haberla apoyado es políticamente suicida.

Es también políticamente suicida aceptar que los resultados del plebiscito de septiembre de 2022 y la elección de 2023 significan que el malestar que el Frente Amplio interpretó fue un error, que la chilena es una sociedad que no busca ni demanda la superación del neoliberalismo sino más neoliberalismo y más mercado. Hay algo absurdo en descalificar como una irracionalidad momentánea los resultados de mayo de 2021 y como indicativas de una realidad social profunda los resultados de mayo de 2023. En realidad se trata del mismo resultado: un electorado que sistemáticamente vota *en contra*, que no ha sido capaz, por diversas razones, de salir del momento destituyente de negatividad que se abrió en octubre de 2019.

La explicitación del proyecto político del Frente Amplio debe surgir de una discusión de todos sus miembros, pero es una discusión que por cierto no parte de cero. Sus ejes centrales, en mi opinión, fueron expresados en lo que en el documento *Ruta Constituyente*, aprobado por el Frente Amplio en octubre de 2020, llamaba los “tres pilares de la nueva Constitución”, que en realidad son los tres pilares de organización de la vida común:

En lo político, buscábamos un orden democrático paritario que diera realidad, en la experiencia ciudadana, a la idea definitoria de toda democracia: que el poder viene del pueblo. La larga crisis de legitimación de la política institucional que la hizo estallar en 2019 hizo que esa idea definitoria de la democracia, para las grandes mayorías, no signifique nada más allá de abstracciones, engaños y abusos. Esto supone nuevas reglas constitucionales pero sobre todo una nueva cultura política. La construcción de esa nueva cultura política ha de ser uno de los elementos centrales del proyecto del Frente Amplio.



En lo social, estábamos por un Estado social y democrático de derecho que, a diferencia del Estado subsidiario, ha de asumir el deber fundamental de realizar los derechos sociales como derechos de igualdad ciudadana, fundado en un compromiso irrestricto con los derechos humanos. Los derechos sociales no son derechos a prestaciones mínimas de educación, salud o seguridad social, sino garantías individuales y colectivas que se realizan mediante la creación de espacios ciudadanos de integración e igualdad. Por eso la noción de derechos sociales incluye no solo educación, salud, seguridad social, sino también el estatuto del trabajo, integrando la protección y fomento de la acción colectiva de los trabajadores; la protección y garantía de los derechos de las mujeres y de las disidencias sexuales; los cuidados en forma digna a quienes lo requieren; la vivienda y la cultura; la inclusión y prohibición de la discriminación a los colectivos históricamente excluidos, entre otros.

El dominio discursivo que hoy ha alcanzado el concepto de Estado social y democrático de derecho es en buena parte, un triunfo del Frente Amplio. Pero ese mismo triunfo, predeciblemente, anuncia el desafío de pasar desde el concepto a su desarrollo, porque lo que estamos viendo ahora es que los adversarios de siempre del Estado social y de los derechos sociales, como ya no pueden negarlos, los vacían de contenido: ahora resulta que el Estado subsidiario es una forma de Estado social. De nuevo, esto exige un esfuerzo de discusión y elaboración nuevo.

En lo económico, dijimos que Chile necesitaba un nuevo modelo económico, que supere al neoliberal. Este modelo reconoce al Estado la capacidad de orientación estratégica del desarrollo, como se intenta ahora materializar en la Estrategia Nacional del Litio, y la recuperación del contenido económico de los recursos naturales que son de todos. Así podremos enfrentar los fenómenos que hoy están cambiando la economía y la sociedad en Chile y en el mundo, como la acumulación de riqueza a partir de la financierización de la economía y la crisis medioambiental.



El socialismo y la superación del capitalismo

El proyecto político del Frente Amplio debe situarlo en términos políticos e históricos en la tradición política chilena. Eso implica que debe mostrar el sentido en que él es parte de lo que, más allá de organizaciones e instituciones, puede llamarse la tradición socialista chilena. Recientemente el presidente Boric ha dicho que “una parte de él” está por “derrocar al capitalismo”. ¿Qué puede querer decir esto en nuestras condiciones?

Esas condiciones incluyen el hecho de que, salvo como una manera de caracterizar la identidad política propia, la palabra “socialismo” ha caído en desuso. Antes de eso, “socialismo” designaba una alternativa al capitalismo. Una racionalidad productiva y medioambiental diferente, una forma de trabajo no alienado, una manera justa de redistribuir la riqueza, una relación entre los seres humanos fundados en valores como la cooperación, el reconocimiento; una vida, en otras palabras, *libre*. Los socialistas creían que la superación del capitalismo era algo cercano, algo que ellos vivirían para ver.

Hoy, sin embargo, es difícil no estar de acuerdo con la observación de Frederick Jameson: es más fácil imaginarse el fin del mundo que el fin del capitalismo. Esta situación ha llevado a una profunda desorientación en la izquierda, desorientación que se ha manifestado en una aguda fragmentación con recriminaciones recíprocas que dificultan la convergencia política. Pero la realidad de la frase de Jameson no significa que la idea socialista deba ser abandonada.

Es por eso urgente volver sobre estos temas. Como sostuvo Eugenio González, probablemente el más profundo de los pensadores socialistas chilenos, “una doctrina como el socialismo necesita acaso más que cualquier otra interpretar el sentido de la época, para ajustar a él, con plena conciencia, la perspectiva de una política”.



Al buscar el sentido de nuestra época, dos cuestiones saltan a la vista. La primera es que aunque el mundo es hoy inconmensurablemente más rico de lo que era hace algunas décadas, esa mayor riqueza no ha producido mayor integración social y mayor estabilidad política; la condición para la producción de esa riqueza fue una creciente desigualdad, una enorme diferenciación entre una minoría exitosamente integrada a la globalización y una mayoría de perdedores y excluidos, y una explotación debocada de la naturaleza que ha puesto el futuro de la humanidad en peligro. La segunda es que hoy el socialismo ya no puede ser entendido como lo hacía antes, como una respuesta completa y alternativa al capitalismo.

Esta segunda observación nos obliga a entender el socialismo no como un punto de llegada (la superación del capitalismo, su reemplazo por algo distinto), sino como una *dirección de movimiento*. La meta histórica sigue siendo la superación del capitalismo, pero ya no es una meta en el sentido de un punto conocido de antemano al que llegar, sino como lo que da sentido a la acción política. El socialismo no tiene hoy una respuesta a la pregunta de cómo organizar la sociedad sin capitalismo. Lo que lo guía la acción política socialista no es una idea elaborada en una teoría, de esas que González llamaba “metafísicas”. Es la conciencia del déficit que constituye la forma de vida actual. Por eso, la acción de el o la socialista hoy no es *tirada* desde un punto de llegada que conoce y al que busca llega lo antes posible, sino empujada desde nuestra situación concreta actual. Es *empujada* por el hecho de la o el socialista se resiste a naturalizar las consecuencias normales del capitalismo: la desigualdad, la exclusión, la marginalidad, la opresión, la segregación. Estos no son “defectos” o “desafíos” puntuales a ser solucionados mediante “perfeccionamientos”, son características intrínsecas al capitalismo. Tampoco son consecuencias indefectibles de la “naturaleza humana”, porque creemos que es posible vivir como iguales, en formas políticas y sociales que promuevan una cada vez mayor integración, más libertad. Y entonces buscamos formas de avanzar en esas dimensiones. Cada paso que podamos dar en cada una de las tres dimensiones ya mencionadas es un paso en la dirección correcta.



Cuando el socialismo era entendido como un punto de llegada que nos tiraba hacia él, la acción política de los socialistas estaba orientada a llegar allá lo más rápido posible. Esto llevó a algunas formas de socialismo en el pasado a relativizar la importancia de la política democrática, a entender que era posible llegar a la libertad mediante la limitación de la libertad. A esto hay que oponer la lucidez de Eugenio González: “ningún fin puede obtenerse a través de medios que lo niegan”. Como el fin del socialismo es la libertad, el socialismo no puede alcanzarse mediante la abolición o limitación de la libertad.

El socialismo hoy ha de cumplir la función de una brújula, no la de un mapa. No nos dice dónde queremos llegar, nos dice hacia donde hemos de movernos, y así nos permite distinguir, en la realidad concreta de la acción política, lo que debe ser defendido porque es un logro y lo que debe ser combatido porque es un déficit. Y la primera pista nos la da el hecho de que la meta histórica sea la superación, no la negación, del capitalismo. De nuevo en palabras de González, “el socialismo democrático quiere hacer efectivas para todas las personas, sin distinción de ninguna especie, las realizaciones de la burguesía liberal en el orden político y, para conseguirlo, considera necesario extender a todos, sin distinciones de ninguna especie, la seguridad económica”. Es decir, la dirección es la ampliación de la libertad política y la seguridad económica. Porque de eso se tratan las líneas centrales del proyecto político que ya hemos identificado: que la política sea de todos, que todos estemos protegidos del miedo a la enfermedad, a no poder dar adecuada educación a nuestros hijos o dependientes, a vivir una tercera edad de pobreza y dependencia, a la irrupción arbitraria de la violencia que destruye vidas; que el desarrollo económico esté orientado al bienestar de todos y no a la acumulación de unos pocos.



LA UNIFICACIÓN DEL FRENTE AMPLIO

Es un acierto que hoy esté avanzando un proceso de unificación del Frente Amplio. La unidad del Frente Amplio en un partido es una condición para la eficacia de su acción política en el tiempo que viene. Pero además de eso, es un paso que desarrolla el sentido del proceso que ha seguido el Frente Amplio desde la irrupción de los grupos que lo componen en 2011. En efecto, el Frente Amplio se constituyó desde movimientos sociales que irrumpieron protestando contra la política institucional. Su constitución misma en ese contexto fue un gran logro. Los partidos que hoy lo componen tienen presencia territorial en la sociedad, a lo largo del país. Estas dos características del Frente Amplio son el resultado de un trabajo sistemático y paciente de militantes que han construido, en circunstancias difíciles, una estructura partidaria. Ese trabajo sistemático enfrenta hoy, como paso siguiente, la unificación.

La unificación no es solo un imperativo impuesto por la operación de las reglas electorales. Es un paso necesario en la constitución de la fuerza transformadora que Chile necesita. Para eso, es necesario que el Frente Amplio aproveche este proceso para enfrentar dos limitaciones que han afectado su capacidad de acción política en el pasado.

La constitución del Frente Amplio fue un éxito ya que ocurrió en un contexto poco propicio, caracterizado por la desconfianza de la política organizada. Al surgir en ese contexto, el Frente Amplio logró vencer ese recelo, pero a pesar de eso lo que podríamos llamar su cultura política heredó algunos aspectos del mismo. Una de ellas ya fue mencionada: su incapacidad para formular un proyecto político explícito, lo que lo ha llevado a descansar en visiones comunes implícitas asumidas generacionalmente.

La segunda es su persistente dificultad para crear condiciones para la acción colectiva eficaz. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el fraccionamiento que sub-



sistió a su conformación, a veces dentro de los mismos partidos que lo conforman; en la notoria incapacidad para crear procedimientos y formas institucionales para zanjar diferencias y construir una posición común con la agilidad que la política requiere; en el recurso, para enfrentar las limitaciones impuestas por lo anterior, a vínculos personales o biográficos para tomar decisiones; en las dificultades para incluir otras generaciones y experiencias militantes.

En el pasado, los partidos y organizaciones políticas se construían lentamente, e iban logrando posiciones institucionales de poder en un proceso lento que les permitía y obligaba, en caso de ser exitosas, a superar sus rasgos idiosincráticos de origen. El Frente Amplio, fruto de un éxito extraordinario que lo llevó a la presidencia de la república en menos de una década, no tuvo este tiempo. Y en consecuencia esas características afectan considerablemente sus capacidades de acción política, especialmente en contextos de crisis como el actual. Es hora de enfrentarlas con decisión. El primer paso ha de ser la explicitación del proyecto político del Frente Amplio. Pero un proyecto político no es suficiente. Si al Frente Amplio lo define un proyecto político común, el paso siguiente es precisamente la unificación. Pero esta unificación no puede pensarse a la manera de una confederación, una federación de federaciones, sino como la oportunidad para darse una institucionalidad, órganos y procedimientos, que le permitan tomar decisiones colectivas y ordenarse detrás de ellas, de modo que la conducción política pase más por esos órganos y procedimientos y menos por vínculos biográficos.

Ese es el desafío que enfrentamos.